Moreno paleta

MORENO PALETA

SERGIO V. JODAR



PLASSON & BARTLEBOOM

PRIMERA EDICIÓN: junio de 2025

© del texto, Sergio V. Jodar, 2025
© Plasson e Bartleboom, S. L., 2025
Calle Aldea del Fresno 29, 6ºD
28045 Madrid

ISBN: 978-84-10483-20-0
DEPÓSITO LEGAL: M-12599-2025
CÓDIGO IBIC: FA
DISEÑO DE COLECCIÓN: Daniel Mira
IMAGEN DE CUBIERTA: Martin Parr
MAQUETACIÓN: Alejandro Schwartz
CORRECCIÓN: Estela Gómez y Ana del Amo
IMPRESIÓN: Kadmos

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones tratados con los más altos estándares de sostenibilidad, lo que garantiza una gestión de los recursos responsable con el medio ambiente y las personas.

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

Para Raquel, que nunca dudó.

Para Teresa, Domingo, Orosia y Segundo.
Mis cuatro abuelos, que también fueron nietos.

La conducta de un hombre depende de su jornal.

JUAN MARSÉ

Miramos al mundo una sola vez, en la infancia.
El resto es memoria.

LOUISE GLÜCK

Hay quien piensa que el niño es un proyecto del adulto, otros pensamos que el adulto es lo que queda del niño.

MIQUI OTERO

Uno se muere con la infancia a cuestas,
sin curarse de ella.

RAFAEL CHIRBES

LA GRETA TIENE LOS DEDOS COMO GANCHITOS

Y enseguida iba a llamarse Chava, pero aún no lo sabía.

No lo sabía a las doce y dos minutos que señalaba el reloj con números romanos del patio, no lo sabía cuando el sol brillaba tan alto que a los niños y niñas de sexto de primaria les habían robado la sombra, no lo sabía cuando en la mesa ya estaban las pipas Tijuana, las Panteras Rosas, las Pringles y el Sunny Delight, el cava sin alcohol y la Fanta, que daba igual si era de limón o de naranja: siempre sabía a cumpleaños. Eso pensó Chava, que esperó a que hubiera muchas cosas en la mesa porque el Papa le había dicho tú ponlo cuando esté todo barrechado, y entonces sí, Chava escondió las olivas que nadie debía saber que estaban caducadas y escondió los Pelotazos cerrados con una pinza a saber desde cuándo. Lo colocó cerca de las Panteras Rosas, lo mejor de la mesa, mejor que los Bollycaos y los Donettes nevaditos. Y tanto.

La profe Montse, flores en las gafas y flores en el vestido y flores en los zapatos, dijo a comer, nens. Chava se acercó a las Panteras Rosas pero apareció la Greta, famosa en el patio por patentar la Técnica Greta, que consistía en poner los bocadillos en los radiadores durante el invierno. La Greta alargó los dedos, grasosos y naranjas y gordos como ganchitos, y cogió el paquete.

Chava se quedó cerca pero lejos. Ella, con una Pantera Rosa en cada mano, abrió la boca igual que una serpiente cuando desencaja la mandíbula. Mientras masticaba a cámara rápida, miró a la otra Pantera Rosa y miró a Chava, miró a la otra Pantera Rosa y miró a Chava, que se atrevió a preguntarle si le daba un cacho. Ella contestó las he traído yo y son mías con la boca llena, como si pronunciara la comida. Se tragó la masa compacta con ayuda del cava, pero se le quedaron costras rosas en el bigote. Parecían piezas de un puzle imposible de resolver.

El Rorro, que tampoco se llamaba así todavía, le ofreció a Chava un muerdo de su bocata y un sorbo de Bifrutas tropical. Chava ya olía el jamón dulce cuando alguien gritó el último que toque el palo se mete. Se quedó solo en el medio del campo. La Greta, con la tira de manchas en la camiseta, se rio, y Chava contestó que le daba igual, ya ves tú, yo quería ser portero. El Rorro fue a la portería y se colocó al lado de Chava.

Ese era el Rorro.

Alguien que cuando años atrás Chava se pintó las uñas con típex y todos empezaron a decirle que eso era de niña, o peor, de niño al que le gustan los niños, el Rorro también se pintó las uñas de típex.

Ese era el Rorro.

Alguien que le regalaba los cromos repetidos.

Ese era el Rorro. Un amigo.

Empezó el partido. A la Greta, campeona escolar de *Pressing Catch*, le costaba moverse porque sus rodillas se acariciaban al correr. Al minuto le caían churretes negros por la cara. Chilló pásamela que estoy sola, pásamela que quiero ser pichichi, y cuando se la pasaron se plantó delante del Rorro y de Chava. Él cerró los ojos y se escondió detrás del palo por si acaso, pero pasaron unos segundos y no hubo rastro del chute. Chava abrió

los ojos y vio a la Greta, ya totalmente borracha de cava sin alcohol, cerca del córner con las manos apoyadas en las rodillas. Entonces vomitó una pasta rosa. Es verdad que el Rorro se rio, es verdad que el Vergara avisó a todo sexto A y sexto B y es verdad que la Garmendia cantó gorda sebosa cómete otra pantera rosa.

Pero seguro que nadie se alegró más que Chava.

Volvieron a clase. La Montse entró a pasos cortos y rápidos, igual que una muñeca de Famosa que se dirige al portal. Se subió a la tarima, que crujió como si pisara migas de pan, y dijo esborradlo todo menos la data: 21/06/2004. La profe también pulsó el interruptor y la luz pestañeó antes de abrir los ojos. En la pizarra escribió LA JUBILACIÓN mientras le temblaba la piel de los brazos. La tiza, ñiñiñí, imitó a un conejito. ¿Alguien sabe qué es la jubilación?

La Emma levantó la mano como siempre. La Emma era la delegada y la sentaban al lado de los alumnos conflictivos, como si pudiera contener el mal. La Emma apretó los labios y dijo son unas vacaciones de verano que duran toda la vida, profe, al menos toda la vida que te queda. Más o menos, matizó la Montse, eso es lo que voy a hacer yo.

A Chava la profe le caía todo lo bien que puede caer un profe, sí, tan bien que era de los pocos que no la llamaba por su mote: la Ochodedos. El primer día todos se impresionaron cuando la Montse enseñó las manos sin pulgares, al segundo la Greta la llamó la Ochodedos y desde ahí todos la llamaron la Ochodedos a sus espaldas. O casi todos, porque Chava solo lo hacía cuando ponía un examen sorpresa.

A ver, dijo la Montse, os he traído unos regalitos y quiero que salgáis a la pizarra cuando os llame. Tenía diplomas para todos menos para el Candela y para el Franjuan porque iban a volver a repetir, condenados a ser fichas del juego de la oca que siempre

caían en el segundo puente y retrocedían porque les llevaba la corriente.

Después de algunos premios secundarios como la más presumida o el más tarambana, la Montse dijo por ser la persona que más sabe de la Vía Láctea le damos el premio al mejor astronauta a Alberto Chavarría. Ese era Chava. La Montse le pidió que se acercara a la pizarra y le dio el diploma. Te lo mereces por ser tan buen estudiante, y le preguntó por algo que hubiera aprendido en ese curso que no fuera a olvidar jamás. Lo primero que voló por la cabeza de Chava fue la «Canción del pirata». Si intentaba recordar qué había cenado, *con cien cañones por banda*; si intentaba recordar la última película que había visto, *viento en popa a toda vela*; si intentaba recordar si era martes o miércoles, *no corta el mar sino vuela un velero bergantín*. Siguió buscando la respuesta. Le habían dado el premio al mejor astronauta, le encantó un trabajo que había hecho con el Yayo sobre la Vía Láctea, sabía que Venus era el gemelo caluroso de la Tierra y que a Plutón lo había bautizado una niña de su edad. Entonces dijo que no entendía lo de Plutón.

Y la Montse: ¿El qué?

Que va a dejar de ser un planeta.

Ay sí, pobre Plutón, han decidido que sea un planeta enano. La profe despeinó el flequillo de Chava y él lo interpretó como que por fin podía volver al sitio en la resguardada y segura última fila.

La profe se secó las lágrimas antes de que le aterrizaran en la mejilla y terminó de repartir los diplomas, ojalá os vaya bien la ESO. Chava imaginaba la ESO como una aduana en la que unos señores con detectores de metales permiten cruzar a algunos niños mientras otros se quedan en el país de la infancia. En eso pensaba cuando la Montse tuvo que hacerlo, tuvo que pronunciar la frase, tuvo que decir las palabras que iban a perseguirlo durante el verano: El curso que viene seréis mayores.

Seréis mayores.

Mayores.

Chava disimuló, a lo mejor nadie se había dado cuenta, claro, tenía que hacer como si no hubiera pasado. Vamos a hacer algo original, que me pongo ñoña, continuó la Montse.

Odiaba salir a la pizarra, la Course-Navette y sobre todo cuando la Montse se ponía original, como la semana pasada, por ejemplo, cuando la profe había propuesto que los padres fueran a clase a explicar su trabajo. Chava preguntó en la cena si el Papa podía hacerlo, así de paso él habría descubierto a qué se dedicaba. Si no sacó un diez en inglés fue porque había dejado en blanco la pregunta «*My father is…*». El trabajo más feliz y duradero del Papa había sido cuando recogía muebles en Pedralbes por las noches porque hacía el máximo ruido posible para despertar a los ricos.

La Mama miró al Papa, que partió el chusco de pan mientras veía *¿Quién quiere ser millonario?*, el favorito de entre los muchísimos concursos que le gustaban. Con los ojos en la tele, el Papa sumergió el chusco de pan en la yema del huevo frito tres veces: la primera salpicó huevo en el brazo de Chava, la segunda se rompió el chusco, la tercera volaron el chusco por un lado y el huevo por otro. El Papa plantó las palmas de la mano en la mesa, dile a tu profesora que soy el Joker porque trabajo de todo y siempre estoy sonriendo. Y en la tele el presentador bajó la ceja como una guillotina.

A clase al final fueron el padre de la Greta, conductor del metro, el padre de la Emma, policía que hace el DNI, y el padre del Rorro, abogado con clientes según él cada vez más importantes. La Montse preguntó a los demás niños y en su turno Chava dijo mi padre es el Joker. Oyó el silencio más ruidoso que había oído nunca hasta que la profe preguntó si era payaso. Y todos menos

el Rorro se rieron. Ese mismo día en el patio el Rorro le dijo yo escuché en mi casa que tu padre está en paro y que este verano el mío le va a dar trabajo en el camping. Chava había descubierto que levantar los hombros y no decir nada era la mejor respuesta a las preguntas complicadas.

Y lo hizo.

Su cabeza volvió al último día de clase, que curiosamente era el mejor de las vacaciones. La Montse repartió hojas, quiero que escribáis algo de los companys, ponéis vuestro nombre y lo vais pasando para que los demás escriban de vosotros.

A Chava le llegó la hoja de la Emma. La delegada vitalicia. En primaria no la había desbancado nadie. El Rorro tendría que haber ganado en quinto, de hecho habría ganado si lo hubiera votado la Greta, que como era su vecina habían apalabrado el voto en el ascensor. Pero terminó saliendo la Emma y nadie sabía por qué hasta que la pillaron en el patio dándole galletas de chocolate a la Greta, en lo que desde entonces se conoció como el escándalo de la Trama Oreo. Unos meses antes, la Mama había dicho que la Rosa tendría que haber ganado Eurovisión porque lliurops livin a selebreishon es un temazo, pero esto está amañado.

Pues algo así había pasado en clase.

Aunque la Emma era un poco bastante chivata, aunque sonreía como los niños de la lotería para que no la castigaran, aunque decía que le había ido fatal un examen y luego sacaba la mejor nota, Chava escribió con lápiz A LA MEJOR DELEGADA. Al fin y al cabo no había tenido otra. Firmó como BETO porque así lo conocían cariñosamente. Le pasó la hoja al Rorro, sentado justo delante. El Rorro se giró tan rápido que le flotaron los rizos como la Nube Mágica de Goku. Lo miró con los ojos muy abiertos, los ojos del verde de una ciénaga.

¿Qué haces poniendo Beto, no has escuchado a la Ochodedos? Que se te meta aquí que el curso que viene seremos mayores y Beto es muy de niño, y le dio a Chava golpecitos en la frente.

¿Y tú qué has puesto?

Rorro.

Escribió Rodrigo Rodríguez en la mesa de color moco y subrayó las dos primeras letras de Rodrigo y las dos primeras letras de Rodríguez.

A Chava se le acumularon las hojas y los problemas. Beto no podía poner, a lo mejor podía firmar como Alcha, sí, Alcha, de Alberto Chavarría, no, Alcha no era tan chulo como Rorro, Alberto tampoco, Alber era nombre de Pokémon y Chavarría muy largo, o igual no, empezó a escribir Chavarría pero se arrepintió, susurró las cinco letras que había escrito, Chava, Cha-va, CHAVA, y le gustó, no tanto como Rorro pero más que Beto. Sí, Chava era un buen nombre para cruzar la aduana.

El Rorro, que había tuneado la letra para apuntar en su propia hoja que era alto y guapo y casi rico, vio la firma de Chava y sonrió. Se asomaron sus colmillos, triangulares rollo vampiro.

Para acabar, nens, quiero que escribáis cómo os veis de aquí a un tiempo para que persigáis vuestros sueños porque si queréis, podéis.

Chava mordió el lápiz. Todos se pusieron a escribir y dijeron ya estoy, yo también, nos podemos ir, te lo entregamos. No, nens, esto os lo quedáis y lo miráis al final del verano. Los que hayáis acabado podéis ir recogiendo porque ya va a tocar el timbre, felices vacaciones y nunca olvidéis a la Ochodedos. Se miraron unos a otros buscando al culpable de chivarse del mote, pero alguien aplaudió y ya lo siguieron todos. Todos menos Chava, eh, que seguía mordiendo el lápiz. Gritaron diez, el Rorro había escrito lo suyo; nueve, y dijo que no con la cabeza; ocho, es que

yo qué sé; siete, abrió la libreta de Bob Esponja; seis, escribió ASIGNATURAS PARA SER MAYOR; cinco, se mordió la uña gorda; cuatro, ya le gustaba el sabor del Mordex; tres, escribió AHORA ME LLAMO CHAVA; dos, golpes muy seguidos en la mesa; uno, piensa. Y sonó el timbre. Todos salieron a la velocidad de la estampida traumática de *El Rey León*. Termina de escribirlo en casa, dijo la Montse.

Chava guardó la libreta y lo que le quedaba en el pupitre. El Rorro lo esperó hasta que lo metió todo en la mochila, tan heredada de los Tetes que los personajes de Dragon Ball habían envejecido. Antes de salir, se giraron y la Montse les dijo todo saldrá bien, y levantó los puños.

Sin pulgares sonó menos convincente.

DONDE HACE SOL HASTA CUANDO ESTÁ NUBLADO

No había palomas en la plaza de las palomas.

Me gustas mucho, cantaba la orquesta Solimar, *me gustas mucho tú*, encima de un tablón de madera, *tarde o temprano seré tuya*, sobre el que flotaba la cantante con el pelo de color Betadine, *mío tú serás*. La acompañaba el pianista, que también era guitarrista y que también llevaba una armónica pegada a la boca con alambres. Un hombre orquesta. En el centro de la plaza de las palomas bailaban señoras y señores, señoras que marcaban el ritmo y señores que se dejaban llevar como marionetas. Los coches estaban tapados con mantas, no había motos en la acera, de los árboles colgaban globos de colores y la plaza estaba llena de sillas plegables y mesas largas con manteles de papel y coca, coca de crema o coca con naranja y fresa.

Y coca de llardons también.

Con la orquesta Solimar de fondo, *y ese toro enamorado de la luna*, se oían truenos y tracas y piulas, *que abandona por las noches la manáá*á, o el silbido de un petardo que subía al cielo, *y es pintado de amapola y aceituna*, y lo coloreaba con estrellitas doradas, *y le puso campanero el mayoral*. La Ochodedos les había puesto una peli de la Segunda Guerra Mundial y por la nube

de humo y el ruido y el movimiento de los viejos parecía que la habían rodado esa noche en la plaza de las palomas.

¿Cómo que un Frigodedo?, le dijo el Rorro, eso es de niños, cómprate un Calippo. Pues un Calippo, le dijo Chava al quiosquero, que igual llevaba ahí más de ochenta años. Chava aprisionaba el dinero en el puño y lo contaba mentalmente. ¿De limalimón o de fresa? Uno de cada, contestó el Rorro, desafiante y seguro y distinto, vestido con un polo negro y vaqueros que se bajaba para que todos leyeran el nombre de los calzoncillos: Calvin Klein. Chava pagó con las monedas que le había dado el Papa, monedas pegajosas de cinco y diez céntimos.

Llegaron al centro de la plaza, donde una conga de abuelos y nietos avanzaba al son de la bilirrubina. Se sentaron en la hierba a comerse el helado. Hacía un calor celoso, de los que no se separan del cuerpo. Vaya puta mierda, dijo el Rorro, y pareció mayor de edad. La puta mierda fue que vio a la Emma y al Vergara pero no a la Garmendia, por eso Chava preguntó qué pasaba con la Garmendia. El Rorro mordió el Calippo con las muelas y le dijo ya no nos pueden dar asco las niñas.

El Vergara lanzaba chinos por el camino. La Emma dirigía la orquesta Solimar con las bengalas y dijo venga vamos a hacer esto y vamos a hacer lo otro. Aún se creía la delegada de la plaza, la delegada de la noche, la delegada de la vida. De repente, el Candela y el Franjuan salieron corriendo de la caseta de Petardos CM y se montaron en sus vehículos. El Candela, pelo engominado hacia atrás igual que Sonic, hizo el caballito con la bici. El Franjuan, labios negros y blancos por el helado Drácula, dibujó eses con el skate. Le dieron dos besos a la Emma y la mano al Vergara, al Rorro y a Chava.

Les apretaron la mano.

Les estrujaron la mano.

Les destrozaron la mano.

Formaron un círculo en la hierba. De una mochila de cuerdas el Franjuan, que en realidad se llamaba Juanfran pero le encantaba Yoda de Star Wars, primero sacó una botella de nombre Xibeca. Los dos dieron un trago y se rieron de las bengalas de la Emma, de los chinos del Vergara, de las fuentes del Rorro, y si no se rieron de las bombetas de Chava fue porque no las sacó. Ellos sí que eran los delegados de la plaza y de la noche y de la vida.

El Franjuan también presumió de una caja de TNT que solo podían tirar los mayores de dieciocho años. Y a ver, el Franjuan y el Candela habían repetido varias veces, pero no tantas. ¿Cómo los habéis conseguido?, preguntó el Rorro, más atento que cuando en clase explicaron la división de dos cifras. No los hemos comprado, dijo el Franjuan, los hemos robado, dijo el Candela, que cogió un mechero medio transparente. Le dio a la ruedecita, apareció la llama, el Franjuan acercó el trueno, salió la chispa y se fueron corriendo, uno con el trueno y el otro detrás gritando corre que nos peta. El Franjuan encestó en el contenedor de los cristales y sonó a mil puertas rotas.

Se volvieron a sentar y el Franjuan venga a sacar cosas de la mochila, esto es la butxaca mágica de Doraemon. Cogió un paquete de tabaco con un camello en el desierto. Encendió un cigarro y aspiró con los ojos achinados. Se lo pasó al Candela, que lo sorbió y dibujó círculos de humo, pa que la vieja diga que no sé hacer la O con un canuto. Chocaron la mano y se rieron.

Toma, le ofreció al Vergara, a ver si te gusta. El Vergara respondió que gracias pero que no le gustaba, que gracias pero que ya lo había probado en el pueblo. El Vergara aún iba al colegio con su madre de la mano pero si alguien preguntaba por alguna cosa valiente él siempre decía sísísí yo eso ya lo hice en el pueblo. Le tocaba a Chava, que ni había probado el tabaco ni tenía pueblo. A ver qué digo, pensó mientras se arrancaba algún pelo de la ceja,

pero no tuvo que pensarlo más porque el Candela y el Franjuan vieron a una pava, una pava que no recordaban si se llamaba Begoña o Beatriz o yo qué sé, me la suda el nombre, le voy a meter la lengua hasta el fondo. Y otra vez se rieron y chocaron la mano. Venga, pringaos, dijeron como el que dice que tengáis una buena verbena. El Rorro cogió a Chava del brazo, nosotros también nos vamos.

En el centro de la plaza de las palomas, *no rompas más mi pobre corazón*, había cinco o seis filas de gente, *estás pegando justo entiéndelo*, creyéndose vaqueros, *si quiebras poco más mi pobre corazón*, y chutaban sin querer cajas y latas vacías, *me harás mil pedazos quiérelo*.

Ya has visto lo que tenemos que hacer, le dijo el Rorro sin soltarle el brazo, robar, beber alcohol, fumar, besar a chicas y eso.

Pero no está la Garmendia.

Bueno no hace falta que sea hoy.

Ya, ya.

Tenemos todo el verano. ¿Cuándo vas a La Salud?

Creo que el sábado. ¿Tú?

También. Pero este año no iré a La Salud. Dormiremos en La Fama.

¿Por?

Ahora tenemos dinero. Además es el último verano de La Salud, van a construir una urbanización mejor. Pero vamos, que iré a verte.

Y yo a La Fama.

No, eso no. A La Fama no puedes pasar si no eres de La Fama.

Ya.

Tenemos todo el verano para ser mayores. Podremos hacerlo.

Claro, pensó Chava. Igual no era tan difícil. Y le apetecía. Sí, le apetecía ser mayor como un juego, un juego con la opción de

volver a la casilla de salida. Solo tenía que fiarse del Rorro, que le pidió al primero que pasó que le encendiera la mecha. Se quemó el centro de la palma de la mano, le cogió a Chava la suya, le hizo lo mismo, juntaron las heridas y se prometieron que cruzarían juntos la aduana que separaba el país de la infancia del país de los adultos.

Chava quería volver a casa. Total, no le quedaban petardos y tenía que apuntar en la libreta de Bob Esponja las asignaturas que les habían puesto el Franjuan y el Candela.

Y fueron a buscar a sus madres.

El Enrique, el Papa de Chava, se había quedado en casa, en parte porque no se perdía nunca el rosco de *Pasapalabra* y en parte porque iba a venir el padre del Rorro a hablar de trabajo. El Kike, el Tete mayor de Chava, se había ido de fiesta al Pont Aeri. Si te secuestran no tenemos dinero para el rescate, le había dicho el Papa; ponte unos calzoncillos nuevos por si te pasa algo, le había dicho la Mama. Y el Benjamín, el Tete mediano, a casi todo respondía uf me da palo y no iba a ningún sitio porque para él todo estaba lejos.

Donde Cristo perdió el mechero.

O donde Cristo perdió la chancleta.

Por eso en la plaza de las palomas solo estaba la Mama. Bebía una lata San Miguel pero no comía porque junio era el Mes de la Dieta. Estaba bailando con la madre del Rorro *el venao el venao* y movían las manos estilo árbitras de baloncesto. La Mama se había pintado una uña de cada color: rojo pasión, verde esperanza, malva ilusión, rosa futuro y azul bienestar. También llevaba dos hula hoops en las orejas y una camiseta en la que ponía Chané, y si la Mama se ponía camisetas de marca tipo Luis Buton o Dolce y Tangana era sinónimo de fiesta. Mientras bailaba, la Mama de Chava dijo ya se lo repito yo a mi Enrique, hay que currar porque

nacer pobre no es tu culpa, pero morir pobre sí. La madre del Rorro le dio la razón con la voz de Pokémon chiquitito tipo hierba, mira a nosotros qué bien nos ha ido lo del alcalde Peralta, el Pep va a ser su abogado.

Y la Mama: Claro que sí, hacéis bien en veranear en La Fama, yo limpio ahí y vaya lujazo.

Y la madre del Rorro: Sísí, ya sabes, La Fama, donde hace sol hasta cuando está nublado.

La Mama acarició el pelo del Rorro, rizado, y el de Chava, liso y finito como el queso rallado. La madre del Rorro les dio dos besos con sonido: mua, mua. Qué suerte haber estudiado, dijo la Mama, que se llamaba Ángeles, yo siempre se lo digo a este, a que sí, cielo, tus padres no tuvieron la oportunidad y que si patatín y patatán. La madre del Rorro le preguntó a Chava qué quería ser de mayor. Masticaba cada letra como una dependienta de El Corte Inglés. Como le gustaban los planetas, Chava una vez dijo que quería ser astronauta y todo el mundo lo felicitó, por eso lo repetía siempre, también esa noche.

La Mama sonrió, este nos va a sacar de pobres con lo listo que es, tú vas a conseguir que la Mama deje de limpiar casas, y lo cogió para bailar cuando la cantante gritó *it's the final countdown*, los dos saltaron, *tiririri tiriritití*, la Mama le sacó la lengua fina y larga rollo chicle Boomer, *the final countdown*, y un globo voló hacia algún planeta desconocido, atraído por las estrellas que le guiñaban el ojo para seducirlo.